



REVISTA DE LOS CAZADORES.

EL PAVO SILVESTRE.

POR M. AUDUBON.

(Conclusion.)

Se cortan varios arbolillos que tengan cuatro ó cinco pulgadas de diámetro, y se dividen en cepos ó porciones, cuya longitud sea de doce á catorce pies. Colócanse dos de estas piezas en tierra, paralelamente y á una distancia como de diez á doce pies; situándose otras dos, sobre las extremidades de las primeras, formando ángulo recto, y así sucesivamente se acomodan varias piezas de madera, unas encima de otras, hasta la altura de cuatro pies sobre poco más ó ménos. Se cubre entonces la caja de porciones semejantes, que disten entre sí como cosa de cuatro pulgadas, poniendo encima dos ó tres troncos de árbol bien pesados para dar al conjunto mayor solidez.

Hecho esto, se abre debajo, á uno de los costados, una zanja como de diez y ocho pulgadas de profundidad y otras tantas de latitud, que entra en la jaula de la trampa siguiendo una direccion oblicua: se continúa hácia fuera la escavacion, hasta llegar á cierta distancia, de tal modo, que subiendo gradualmente se llegue al nivel del terre-

no. Dentro de la jaula, y á lo largo de sus paredes, se colocan algunos trozos de madera, que formen una especie de puente, cuya latitud sea la de un pié. Así concluida la trampa, el propietario introduce en su interior una provision de maiz, que disemina igualmente á lo largo de la zanja, y de trecho en trecho siembra algunos granos, que muchas veces se extienden hasta una milla de longitud. Esta operacion se renueva en cada una de las visitas que se hacen á la trampa, despues que los pasos se han descubierto ya.

Algunas veces, en vez de una zanja se escavan dos, en cuyo caso se abren sus extremidades en los dos lados opuestos de la trampa, uno y otro provistos de trigo. Al momento que un pavo descubre el reguero ó rastro del grano, lo participa á su bandada por medio del cloqueo: en breve acuden todos, y buscando los granos esparcidos por todas partes, van encaminándose hácia la zanja, en la cual penetran empujándose unos á otros para atravesar la senda que hay debajo del puente. De este modo suele acontecer que en tiempo de hielos toda la bandada penetra en la jaula; pero lo frecuente es que se introduzcan solo seis ó sie-

te, porque el menor ruido, la simple agitacion de las ramas ó de las hojas de un árbol es suficiente para alarmarlos.

Los que penetran en la trampa, despues de engullir perfectamente, levantan la cabeza y procuran hacerse paso á través de la pared superior ó de los costados de la jaula: pasan una y otra vez sobre el puente, pero ni un solo instante bajan los ojos ni procuran salvarse por la senda que les dió entrada. Asi permanecen prisioneros hasta el instante en que el propietario llega, cierra la trampa y se apodera de ellos.

Cuando estas aves abundan con exceso, hartos ya de su carne los propietarios de las trampas, descuidan el visitarlas por espacio de muchos dias, y algunas veces durante semanas enteras. Entonces los míseros prisioneros perecen de hambre, pues por muy extraño que esto pueda parecer, es lo cierto que muy pocas veces buscan su libertad. como les seria fácil, con solo bajar á la zanja y desandar sus pasos. En más de una ocasion hallé cuatro, cinco y hasta diez individuos muertos en una sola de estas jaulas á consecuencia de haberlos abandonado. Cuando los zorros ó los lincees abundan en aquellos distritos, suele acontecer que se apoderen de la presa antes de llegar el dueño de la trampa. Una mañana tuve el gusto de sorprender dentro de una de estas jaulas á un magnífico zorro negro, que al verme procuró ocultarse, creyendo que yo iba á pasar en otra direccion.

CAZA DE PERDIZ

CON RECLAMO MACHO EN LAS TORADAS.

Tenemos la suerte de habitar uno de los paises donde mas abunda la perdiz gris, preciosa gallinácea que muere en el mismo sitio en que nace, y que no saldria de los prados, donde se alimentaria más á su placer de granos é insectos, si las asechanzas de los cazadores y de las aves rapaces no la obligaran á guarecerse en los matorrales y en los cerros.

Ha terminado por completo la temporada de la caza de perdiz con reclamo de hembra, que ha sido este año poco afortunada, si ha de juzgarse por lo que ha ocurrido al que escribe estas líneas, y por las noticias que nuestros amigos han dirigido á la redaccion de este periódico. Pero como la caza de perdiz, que tantos aficionados tiene en España, dura casi todo el año, ofreciendo

una constante variedad en el modo de hacerla, diremos cuatro palabras acerca de la caza en las *toradas*, no para enseñar, que tal pretension no tenemos, sino como desahogo de un cazador, que, fija su atencion en su recreo favorito, distrae el ánimo y procura robustecer el cuerpo, pensando unas veces, y realizando otras su pensamiento.

La caza en las *toradas* se hace en el mes de Julio y parte de Agosto, porque en este tiempo, mientras las hembras andan cada cual con sus hijuelos, los machos se reunen en bandos más ó ménos numerosos. Es caza muy penosa por los fuertes calores de la estacion, por lo cual no son muchos los aficionados que á ella se dedican. La manera mejor y más segura de hacerla es la siguiente:

El cazador deberá estar dotado de buenos piés, circunstancia muy esencial para cazar las *toradas*, y llevar un macho que esté perfectamente enseñado, reuniendo la cualidad de ser voluntario para cantar. Además llevará un perro que cace bien, con el que procurará, lo que es muy fácil, descubrir donde se encuentre un bando de machos. Inmediatamente que los haya volado, y lo más próximo que le sea posible, hará el cazador el puesto en el sitio por donde los vió doblar, poco más ó ménos, colgando sin dilacion el reclamo; y como este salga cantando, no tardará en ver venir la torada, que dejará juntarse para poder matar seis, siete ú ocho de un solo tiro, pues generalmente entran seguidos unos de otros. La misma operacion hará despues, hasta que descubra otro bando, pues una vez tirado á uno, no es fácil se repita con el mismo.

Para esta cacería es muy esencial que los puestos estén bien tapados por la circunstancia de ser grande el número de los que entran juntos, y atendida la buena vista que estas aves tienen. Las mejores horas, si ha de atenderse á la comodidad, tanto del cazador como del reclamo y del perro, son por la mañana al romper el dia hasta las ocho de la misma, y por la tarde desde las cinco al oscurecer, pues es casi imposible en las demás horas del dia á causa de los grandes calores que se dejan sentir, y porque se expondria el cazador que así lo hiciere, á que el reclamo se ahogara.

Son pocos ó ninguno los tratados de caza que se ocupan de hablarnos de la cacería de *toradas* con reclamo macho, y sin embargo, es muy general en todas las provincias de España, pues no hay pueblo ni aldea en el que no se verifiquen, especialmente, segun nuestras noticias, en las provincias de Toledo, Badajoz, Ciudad-Real, Jaen, Córdoba y Sevilla: en todas estas y en las demás de España son muchos los aficionados al noble arte de la caza, y como es consiguiente, no desperdician ocasion alguna de divertirse.

Terminamos estas ligeras indicaciones; y deseamos que las amplíen otros aficionados más entendidos, al comunicar al Director de esta Revista los resultados que ofrezcan sus expediciones.

LUIS ORTEGA.

CAZA DEL OSO GRIS.

UNA VISITA AL HIJO DE BOONE (1).

Tomamos el camino de los bosques, á través de un país montuoso y pintoresco, lleno de minerales y de volcanes extinguidos. La cantidad de caza en aquellos puntos es increíble; cada diez minutos saltaba un bando de una veintena de pavos silvestres. Continuamente se veían pastar los ciervos á tiro de rifle, y no creo que bajarían de veinte los osos que vimos durante nuestra marcha por la montaña el primer día. El segundo día, hacía las doce, después de una penosa subida de algunos millares de piés, llegamos á un pequeño claro en lo alto de la montaña, donde el ladrido de los perros y el canto de los gallos anunciaban la proximidad de alguna habitación, y á los pocos minutos oímos el agudo estallido de un rifle.

«Es el del joven Boone, exclamó Tinn; yo le di el arma, y distinguiría su estallido entre mil; ahora bien, tened presente, jefe, que Boone no yerra jamás; ha muerto un venado ó un oso; si es el primero, buscad la herida entre la quinta y sexta costilla; si es oso, mirad en el ojo. De todos modos, el mozo es muy buen cocinero, y llegamos á buen tiempo. ¿No lo decía? ¡Por vida de todos los caimanes de los pantanos! ¡Ola, Boone, amigo, ¿qué tal va?»

Al decir esto habíamos llegado al sitio donde estaba muerto el ciervo; cerca del cadáver estaba de pié un hombre flaco, de unos cuarenta años, vestido de cuero curtido, y de estatura de seis piés y nueve pulgadas inglesas. Aunque estábamos á un paso de él, volvió á cargar su rifle con gravedad imperturbable, y solo después de concluida la operación iluminó sus austeras facciones una amistosa sonrisa.

«Bien venido, viejo; bien venido forastero; doblemente bien venidos á la casa del cazador. Yo sabía que venía alguien, porque ví que las palomas subían volando desde el valle de abajo; y como la carne seca de venado (2) no es á propó-

sito después de un paseo por la mañana, tomé el rifle para matar una res de *mi ganado*.» El cazador se rió de su chiste, y continuó: «Ya veis que este terreno mío es un sitio á propósito para un cazador. Todas las mañanas, desde el umbral de mi puerta, puedo tirar un oso, un ciervo ó un pavo. Yo no puedo sufrir el vivir en un punto donde un hombre honrado tiene que trabajar un día entero para conseguir un bocado de carne. ¡Abajo Blackey; abajo, Judith, abajo, perros! Y tú, muchacho, toma el cuchillo y desuella la res debajo de la encina roja.»

Este último apóstrofe se dirigía á un joven de diez y seis años, comensal de la choza del cazador; y los perros, habiéndose convencido de que no éramos ladrones, nos dejaron apejar de los caballos. La choza era sin duda *non plus ultra* de la sencillez, y sin embargo, era cómoda. Cuatro postes cuadrados sostenían un tablon; esta era la mesa: otros varios servían de asientos; y pieles de búfalos y de osos, amontonadas en un rincón, eran las camas. Un jarro de pedernal, dos vasos de estaño y una olla grande, completaban el ajuar de la cabaña. No había chimenea, haciéndose la cocina al aire libre. Á su tiempo hicimos los honores á la caza de nuestro huésped, y por vía de pasatiempo nos hizo Boone el relato de su primera aventura con el oso gris.

Siendo aún muy joven, fué con una partida de cazadores á las grandes montañas del Oeste. Su grande fuerza y su destreza en el manejo del hacha, y la mortal certeza de su rifle, le habían dado nota entre sus compañeros; y sin embargo, siempre le trataban como á un muchacho, porque todavía no había hecho la guerra á los indios ni luchado con un oso gris, cuya hazaña se considera como igualmente honrosa, y de más riesgo todavía.

El joven Boone esperaba con paciencia una ocasión, cuando un día presencié una lucha terrible en la que uno de estos enormes monstruos, aunque herido por veinte balas, perseguía tan encarnizadamente á los cazadores sus compañeros, que se vieron obligados á buscar su salvación arrojándose al medio de un caudaloso río. Allí, afortunadamente, le faltaron fuerzas al animal y lo arrebató la corriente. Fué un terrible combate, y el joven durante muchos días se estremecía al recordarlo; pero ya no podía sufrir las bromas que le dirigían, y sin dar parte de su intento á sus compañeros, determinó separarse de ellos y volver con las garras de un oso gris, ó perecer en la empresa. Dos días estuvo acechando en los pasos de la montaña, hasta que descubrió detrás de unas matas la boca de una cueva debajo de una masa de peñascos. El hedor que salía de ella y las huellas que se observaban en la entrada, bastaron para convencer al cazador de que era la

(1) Episodio descrito por M. Violet, famoso cazador de los Estados-Unidos, cuyas notables aventuras se han publicado, llamando extraordinariamente la atención de sus compatriotas y de todos los aficionados á la vida del desierto.

(2) Cecina ó tasajo que se hace en aquel país para provisiones de invierno.

guarida del animal que buscaba; pero como se había puesto el sol, reflexionó que seguramente estaria despierto, y tal vez habria ido en busca de una presa. Boone se subió á un árbol desde el cual podia observar la entrada de la cueva, y sujetándose, lo mismo que á su rifle, con correas, que siempre llevan los cazadores para evitar el caerse, lo rindió el cansancio y se durmió.

Al amanecer, un gruñido y un ruido de arrastrarse algo debajo de él, lo despertó; era el oso que llevaba el cuerpo de un venado á su cueva. Cuando calculó que la fiera estaria harta de carne y durmiendo, Boone bajó del árbol, y apoyando el rifle en las rocas, entró en la cueva á orientarse. Debíó ser un momento terrible, pero estaba resuelto y tenia todo el valor de su padre: la cueva era espaciosa y oscura. El pesado gruñido del animal demostraba que dormia. Gradualmente la vista de Boone se aclaró, y percibió la peluda masa á diez piés de sí, y á veinte pasos de la boca de la cueva. El piso cedia bajo sus piés, cubierto con huesos de animales á bastante profundidad, y varias veces se dió por perdido cuando ratas, culebras y otros reptiles á quienes ahuyentaba de su comida, escapaban en todas direcciones, silbando y haciendo varios ruidos. La fiera sin embargo no despertó, y Boone, concluyendo su registro, salió de la horrible madriguera á preparar su ataque.

Cortó un pedazo de pino resinoso de seis á siete piés de largo, y tomando de su morral un pedazo de cera, lo arrolló en la punta del palo, dándole la forma de una pequeña taza para contener un poco de aguardiente fuerte. Hecho esto, volvió á la cueva, se dirigió á la izquierda, puso de pié su nueva especie de tea, vertió el licor en la taza de cera y salió á procurarse fuego. Con el resto de la cera y una trencilla de algodón hizo una pequeña cerilla que encendió, y entró otra vez por encima de los huesos, ocultando la llama con la mano hasta que prendió fuego al aguardiente. El licor era de muchos grados, y al apartarse Boone, colocándose más cerca de la salida con su rifle, produjo una llama viva que pronto encendió la cera y la resina del pino.

El oso necesitaba algo más que luz para despertar de su sueño aletargado, y Boone le tiró un hueso tras otro, hasta que despertó la fiera; gruñó sorprendida del inusitado espectáculo, y se adelantó perezosamente á enterarse. El jóven tenia preparado el rifle, tomó detenida y fija punteria, pues sabia que su muerte era segura si no hacia más que herir al oso, y al levantar este la mano para derribar la incómoda luz, hizo fuego. Se sintió una pesada caída, unos movimientos convulsivos, se apagó la luz y todo quedó en su primera oscuridad. Al dia siguiente Boone se reunió con sus compañeros á la hora del almuerzo,

y arrojando al suelo sus sangrientos despojos, les dijo: «¿Ahora quién se atreverá á decir que no soy un hombre?»

La historia de este hecho audaz corrió en poco tiempo hasta las tribus más remotas del Norte, y cuando años despues Boone cayó prisionero entre los indios *Piés-negros*, le devolvieron la libertad colmándole de regalos, diciendo que ellos no podian hacer daño al gran valiente que habia vencido en su propia madriguera al *espíritu maligno* de la montaña.

R. A. M.

ENFERMEDAD DEL OLIVO.

Hoy, que muchos olivares de Andalucía, casi su principal riqueza, se hallan atacados del aceiton ó mangla, cuya enfermedad tanto se ha trabajado por combatir, aunque sin éxito, me voy á permitir, como vulgarmente se dice, «echar mi cuarto á espadas,» por más que nunca pueda hacerlo con la lucidez y conocimiento que otras personas de más talento y erudicion: sin embargo, siendo mi propósito ver si pudiera dar un paso, para conseguir el exterminio de tan temible plaga en beneficio de mis semejantes, sin aspiraciones de ninguna especie, expondré á mi manera los caracteres de esta enfermedad, en qué consiste ó qué la ocasiona, segun mi humilde opinion, y los tratamientos que yo emplearia para combatirla.

El aceiton ó mangla procede de un insecto ó gusano negruzco que, perteneciendo á la familia de los homopteros, y estableciéndose en el envés de las hojas del olivo, se multiplica de una manera asombrosa, poniendo las ramas negras y concluyendo por destruirle, notándose al atacarle que, como una vara y media de circunferencia próximo al tronco del olivo, se presenta sobre la superficie del terreno una mancha parecida á la del aceite.

Hay quien cree que esta enfermedad es producida por el exceso de humedad; hay quien cree tambien que es debida á la mucha sávia, fundándose unos en que solo se observa en los sitios húmedos y pantanosos, y otros en que se ve atacado generalmente aquel olivo que más salud y robustez presente.

Yo, sin participar de ninguna de las dos opiniones, creo que el desarrollo de esta enfermedad reconoce por causa, bien sea vicio de la sávia de la planta, ó más principalmente que por la estancia del insecto en las hojas, entorpece las funciones que estas desempeñan, como son la atraccion de la sávia que sube de las raíces, y la absorcion del agua y el ácido carbónico suspensos en el aire atmosférico.

Los fundamentos en que me apoyo para disen-

tir de ambas opiniones, son, que lo mismo se vé esta enfermedad en los olivos que se hallan situados en bajos y llanuras, que es donde comunmente reside la humedad, que en los que ocupan las faldas y cumbres de los cerros; y así en los pequeños y ruines como en los más poblados y corpulentos, con pequeña diferencia en uno y otro caso.

Mas ahora voy á dar por supuesto que la enfermedad que nos ocupa resida solo en los árboles que estén situados en parajes húmedos y pantanosos. ¿Y no es sabido de cualquiera que en esos sitios es á donde está el gérmen de toda clase de insectos y su desarrollo? Tambien concederé que solo en los olivos frondosos y saludables se halla esta enfermedad. ¿Y no puede suceder que encontrando el insecto en ellos más elementos de nutricion y subsistencia, los elija como morada? Refutadas ambas opiniones de una manera razonable, en mi juicio, veamos ahora qué medios aconsejan para combatir esta enfermedad los que creen es producida por la humedad.

Herrera, aunque no clasifica esta enfermedad denominándola, dice «que cuando la oliva enferma por mucha humedad que tiene al pié, se le eche en el invierno en las escavas unas espuestas de cal bien apagada.»

Olivan, en su *Manual de Agricultura*, y ante quien, como dijo cierto hombre público, me considero un miserable reptil, presumiendo que la causa primordial de esta enfermedad es la humedad por falta de ventilacion, aunque casi desespera de su curacion, aconseja el desmoche de las ramas infestadas, y abrir zanjias para que corra el agua; no cavar ni arar la tierra, sino más bien apretarla para que forme tez y no se recale con las lluvias; y últimamente, limpiar mucho los olivos por dentro y fuera para que con la poda se aireen.

El plan de curacion que yo ensayaria para corregir esta enfermedad seria: primero, echar en la escava de cada olivo ocho onzas de azufre en polvo, incorporado con diez litros de agua, para corregir el vicio en la sávia si lo hubiese; segundo, fumigaciones sulfurosas con cuatro onzas de azufre para cada olivo, favoreciéndolas con una especie de saco de gante ú otro tejido para que, cubriéndole perfectamente, evite la salida de los vapores y se verifique la absorcion; debiendo hacerse la combustion abajo en el suelo para que al subir el vapor destruya los insectos; tercero y último, el riego del olivo con una manga que, conteniendo agua fenicada, lo hiciese de abajo arriba para que, tropezando en el envés de las hojas, que es donde mora el insecto, le destruya al ponerse en contacto con él.

Réstame decir que el costo que habria que hacer en el primer caso seria el de un real en cada

olivo, exceptuando el del agua. El del segundo seria de medio real, con más el costo del saco ó funda; pero que con dos, manejados por dos hombres cada uno, y cada hombre una escalerilla, habria para operar un sin número de ellos. Y el del tercero y último, usando el aceite pesado de ulla que contiene un 20 por 100 de ácido fénico, en vez de este que seria más caro, con el valor de un real se podia preparar un hectólitro de agua, y con él habria para el tratamiento de dos por lo ménos. El valor de la manga capaz de contener cincuenta litros de agua, ignoro cuál pueda ser.

Explanada mi humilde opinion, y manifestados los medios de curacion que ensayaria para librar á mis paisanos y compatriotas de la destruccion de su riqueza, ningun placer seria comparable con el mio si lo consiguiese.

En este momento acaban de decirme que un vecino de Dos Torres ha conseguido curar la enfermedad del aceiton deshojando el árbol y quemando la hoja; lo que en mi juicio corrobora mi opinion, pues se ha conseguido con la desaparicion del insecto. Debo advertir que ha hecho la prueba en un corto número de olivos.

JOSÉ BERMEJO.

RECUERDOS DE VIAJES.

LA CAZA Á LOS TIGRES.

(Continuacion.)

Poco tiempo despues, José y Desiré se ocupaban en preparar una comida, á la que todos debiamos hacer los honores, pues nada hay más delicado que un trozo de carne destilando sangre todavía. La cafetera hizo tambien su papel, por más que los birmanos no sean aficionados á este néctar; y deseando yo sostener entre todos el buen humor, saqué de mi bolsa de viaje una botellita de superior *cognac*. Al principio mis compañeros no recibieron con mucho entusiasmo mi regalo, pero concluyeron por lamerse los labios.

Debiamos cazar únicamente el Barón y yo. José y Desiré se quedarian con los marineros, pues si nos acompañasen, hubiera sido fácil ahuyentar el pájaro. Por otra parte, yo no queria abandonar á los marineros, dejándoles expuestos, sin armas de fuego, á las visitas de las bestias feroces, que podian sorprenderles mientras desollaban el jabalí. José lloraba de despecho. Laos queria acompañarme á toda costa, fundándose en que mi mujer se lo habia recomendado: decia que sabia nadar como un pescado, que el lago estaba lleno de escollos, y que respondia de mí. Uno de los birmanos que habian conducido la barca le dijo que esta no podia soportar más carga, y Laos le propuso ocupar su plaza, á lo que se negó el otro, fundado en que debia des-

empeñar el cargo que el patron le confiara. Por fin hubo de resignarse, y emprendimos la marcha, quedándose él con los demás.

Hémos ya en el lago. El agua se rizaba á impulso de la brisa. De un golpe de vista pudimos disfrutar de todos los alrededores. En la orilla opuesta se alzaban algunas inmensas rocas graníticas, y ruinas de un volcan medio extinguido, mostrándonos sus ángulos salientes y sus caras corroídas por la lava.

El lago tenia más de media legua de ancho y más de una de longitud. Al par que las ondulantes aguas parecían huir á nuestra vista, las riberas con sus concéntricas sinuosidades parecían querer aproximarse. Reflejándose sobre aquella superficie tersa y límpida, que no plegaba la más ligera brisa, las sombras tan densamente matizadas que guarnecian las orillas del lago, extendían sobre este interesante cuadro una tinta tan misteriosa y tan melancólica á la par, que impregnaba el aura de sombrío temor y aniquilaba el pensamiento por completo. Existen verdaderamente en la India espectáculos que inducen al hombre al recogimiento y á la oracion, á la supersticion y al temor: tanto de sobrenatural é imponente tienen. Y despues, aquel aire sutil, aquellas olas de luz, aquella atmósfera abrasada, aquellas irradiaciones vertiginosas, que surcan el espacio, extravían el pensamiento y enervan la imaginacion.

Nuestro amigo de Nynyoungó no nos habia engañado: la caza de agua era abundantísima; las grullas, flamencos, patos, cercetas, gallinas y cuervos marinos revoloteaban con alegría en aquel sitio; solo nos faltaba el deseado fénix.

Despues de convenidos el Baron y yo, quedamos en que él se dirigiese por la izquierda y yo por la derecha, tirando á cuanta caza se nos presentase. Nos introdujimos cada uno en nuestro respectivo esquite, y marchamos en la direccion indicada.

Nuestras embarcaciones bien merecen una pequeña descripcion. Figuraos unos troncos de árboles ahuecados por la accion del fuego, sin quilla, de costados casi rectos, teniendo de diez á doce piés de largo, y medio metro de ancho, y profundizados en su interior unas diez pulgadas.

El remero se sienta en la popa y hiende el agua con la ayuda de un palo ancho y muy corto que mueve á derecha é izquierda del esquite, segun el lado á que quiere dirigirse, ó bien arreglando su marcha por movimientos alternativos. El cazador se sienta en la proa, pues si estuviese en pié, el menor movimiento, la más pequeña falta de serenidad, una ligera sacudida, ó la más pequeña pérdida de equilibrio pudiera arrojarle en el agua.

La abundancia de caza era una maravilla, y

mi morral se llenaba de una manera verdaderamente asombrosa. Á medida que nos aproximábamos á la orilla á que nos dirigíamos, noté que el agua tenia cada vez ménos profundidad: en efecto, los juncos comenzaban á brotar aquí y allí, ya floridos, ya espinosos, y variando en una altura de tres á siete piés.

En tanto que examinaba escrupulosamente los juncos, me pareció ver un poco más lejos otro arbolillo cuya cima tenia bastante analogía con la espiga del maiz, y preguntando á mi remero, con gran admiracion escuché que aquella pretendida espiga era el ansiado pájaro que buscábamos. Pescador astuto y paciente, simula la forma de una planta para sorprender mejor su presa. Entonces miré en mi derredor y creí ver una infinidad de aquellos pájaros.

Continuamos avanzando. ¿Era yo acaso juguete de una mistificacion? Apunté sobre un pequeño peloton, é hice fuego: la banda huyó desatinada. Media docena de aves habia muerto. Estaban bastante gruesas, del tamaño de la codorniz; su olor recordaba el de la gallineta ciega.

La banda fugitiva se habia refugiado entre una yerba altísima, que crecia precisamente en la punta de una lengua de tierra, en una longitud de 200 metros próximamente por 50 de ancho. Aquel lugar estaba poblado de juncos, lianas, y de arbustos cubiertos de aladas y aéreas flores. Tan delicadamente, con tanta gracia se balancean estas florecillas sobre sus tallos, que, vistas de alguna distancia, parecen crecer en el aire sin punto de apoyo alguno.

Quise ganar aquel sitio; pero el agua menguaba, y no sostenia el esquite. El indio saltó al agua y empujó la débil embarcacion, que resbalaba entre las plantas acuáticas, pero tuvimos que renunciar á la empresa. Ante este obstáculo, cambiamos de maniobra, y volviendo sobre nuestros pasos, costeamos la punta hasta la orilla del lago, y echando pié á tierra, penetráramos á los pocos instantes en aquella peninsula. Apenas habríamos andado cien pasos por la semi-isla, distinguí mi fugitiva banda de pájaros. Me aproximé un poco, y apreté sucesivamente los dos gatillos. El indio corria de aquí para allí, recogiendo los muertos y los heridos. No estaba más que á diez pasos de mí, cuando un rugido agudo, seco y terrible retumbó, repercutido por la voz de la selva. Un frote rápido y fuerte se escuchó, y un magnífico tigre se lanza del seno de los arbustos, que rompe como una paja con el esfuerzo de su poderoso empuje.

El indio se detuvo y disparó: el tigre se hallaba ya á cuarenta pasos. Nuevo rugido, y la bestia continuó su desesperada carrera. Á veinte pasos el indio disparó de nuevo: un grito espantoso, terrible, un grito que expresaba la más infinita

angustia, fué lo único que se oyó. De un salto el tigre había alcanzado á su adversario, y le desgarraba con sus dientes. ¿Lo creereis? El espanto, la emoción, me tenían clavado en mi sitio. Ni me acordaba de volver á cargar mi fusil, aunque por otro lado no hubiera tenido tiempo: todo esto había pasado en algunos segundos. El furor y el encarnizamiento del tigre me salvaron.

Aún no podía hacer fuego, pues el hombre y el tigre formaban un solo cuerpo. Por fin el animal, irritado, los ojos saltones, la lengua ensangrentada, y batiendo sus flancos con su cola, abandonó el cadáver, se vuelve hacia mí, se recoge, va á saltar.... Pero rodó por el suelo, arrojando un gruñido ronco, tembloroso, convulsivo; estrechó con fuerza el cuerpo del indio, y espiró. Dos de mis seis balas le habían roto las mandíbulas; las otras cuatro se introdujeron en su pecho, tocándole una de ellas al corazón.

Después de cargar mi fusil y llenar las seis cargas de mi revolver, rompí una rama de un árbol, y atando á ella mi pañuelo, le agitaba en el aire llamando á grandes gritos á mis compañeros.

(Se continuará.)

VARIEDADES.

LA CAZA DEL MIRLO.

POR ALEJANDRO DUMAS.

(Continuación.)

—Es verdad, si señor; pero solo hay un inconveniente por desgracia nuestra, el de que esa puerta está cerrada.

Al decir esto, oímos un tiro de fusil.

—¿Oye V.?

—¡Bueno, bueno! Eso ya comienza, dijo Zefirina.

—¡Ay, Dios mío de mi vida! ¿Dónde nos esconderemos?

—Á mí me parece que no podemos estar mejor escondidos que lo estamos, M. Lonet.

—Zefirina, yo espero, la contesté, que no me abandonará V.

—¿Yo abandonar á un amigo? ¡Jamás! Pero es con una condición.... ¿Oye V.?

El tiroteo cada vez iba siendo más vivo; parecía que ya se hacían descargas.

—¿Qué condición es esa? Todo, todo lo que usted quiera de mí.

—La condición es la de que si M. Ernesto le preguntase á V. acerca de mis relaciones con ese monstruo, le diga V. que han sido siempre honestas, y que constantemente me he resistido á sus instancias.

—Pero él no querrá creerlo, señorita.

—M. Lonet, es V. un pobre hombre: él creerá todo cuanto yo quiera: ¿no ve V. que me ama mucho?

—¡Ay, Dios! la dije, agarrándola la mano; me parece que eso se va enzarzando cada vez más.

—¡Tanto mejor, tanto mejor! decía Zefirina.

Era aquella joven, valiente como una leona.

Quise acercarme á la entrada de la cueva.

—¡Dietro, dietro! gritaron los dos bandidos centinelas. Conoci, más por el gesto que por la palabra, que aquello quería decir atrás, y me dí prisa á hacer lo que me mandaban.

Por minutos se iba aumentando el calor de la refriega.

Estaba yo destinado por mi mala estrella á encontrarme en medio de tales zarracinas; en el mar, en la tierra, por todas partes me perseguían los combates.

—Me parece, me dijo Zefirina, que se va acercando el fuego de fusil.

—¡Qué miedo le tengo! la respondí yo.

—Al contrario, debe V. alegrarse, porque eso significa que huyen.

—Pues bien, estoy lleno de regocijo: como usted guste; pero quisiera que huyesen hacia otro lado, no hacia donde estamos.

Entonces empezaron á llegar á nuestros oídos algunos gritos y lamentos como si se estuvieran degollando: y no era extraño, señores, porque esto era lo que verdaderamente pasaba, según lo que vimos después por nuestros propios ojos. Y á todo esto, continuaba cada vez más vivo el tiroteo, el toque de los clarines y el redoble de los tambores. Llegaba ya hasta nosotros el olor de la pólvora; las detonaciones sonaban cada vez más cerca; estoy seguro de que los combatientes no estaban á distancia de cien pasos de nuestra gruta.

De repente oímos un suspiro y después el ruido de un cuerpo que caía al suelo; uno de los dos centinelas que nos guardaban, revolcándose como pudo, vino á meterse donde estábamos: había recibido una bala perdida, y como quedó tendido en el suelo en el único paraje que iluminaba un escaso rayo de luz, no perdimos ni una sola de las angustias de su agonía. Debo confesar, sin embargo de lo que antes he dicho, que Zefirina me agarró entonces las manos y sentía que temblaba como yo.

—¡Oh! M. Lonet, me dijo, ¡qué horrible es presenciar la muerte de un hombre!

En aquel momento oímos una voz que gritaba: ¡Detente, miserable, detente, aguárdame!

—¡Ernesto, exclamó Zefirina; la voz de Ernesto! y se arrimó á la boca de la cueva al mismo tiempo que se precipitaba en ella el capitán, cubierto de sangre.

—¡Zefirina! exclamó; ¡Zefirina! ¿Dónde estás?

Como venía de la luz, y sus ojos no estaban acostumbrados á aquella oscuridad, no pudo divisarnos al entrar, y Zefirina me hizo seña de que guardase silencio.

Por algunos instantes estuvo aquel deslumbrado, y permaneció inmóvil en el mismo sitio; pero al cabo de poco rato, registrando con la vista todas las profundidades de aquella caverna, ya llegó á descubrirnos; y dando un brinco, vino á donde estábamos. Un brinco como el de un tigre; brinco que me aterró.

—¡Zefirina! ¿Por qué no me respondes cuando yo te llamo? Ven, ven conmigo al instante.

La agarró del brazo y quería arrastrarla hacia la puerta del fondo.

—¡Adónde quieres llevarme! exclamó aquella pobre joven; ¡adónde quieres llevarme!

—Ven conmigo, ven.

—No, yo no quiero ir con V., decía forcejeando.

—¡Cómo! ¿Tú no quieres venir conmigo?

—Ya he dicho que no: ¿qué derecho tiene usted para exigir que le siga? Yo no le amo á us-

ted, no. Usted me ha robado á la fuerza, y no le seguiré de ningún modo. ¡Ernesto, Ernesto! ¡Aquí.... Ernesto!

—¡Ernesto.... Ernesto! murmuró entre dientes el bandido. ¡Ah! ¡Conque eras tú la que nos hacia traición?

(Concluirá.)

CRONICA.

Hemos creído conveniente, á petición de algunos suscritores, dar extension en el número último á la novelita *La Caza del Mirlo*, que terminará en el número próximo.

Por el activo administrador del Real patrimonio en el Pardo han sido puestos á disposicion del gobernador civil dos individuos que estaban poniendo lazos para el robo de conejos, y otros dos que mataron un gamo.

Los esfuerzos de nuestro estimado amigo don Carlos Hidalgo y la vigilancia de los guardas más celosos, son inútiles si no se toman medidas para la extincion, ó disminucion posible, de los ladrones de caza. Las autoridades deben velar por que las leyes no se infrinjan, é infringen la ley de caza los que públicamente venden conejos y perdices en la época de la veda y los que venden lazos en cualquier tiempo. Además; ya que mientras no se haga una nueva ley de caza, tenemos que sufrir las consecuencias de no haber penalidad para los que atentan contra una propiedad tan sagrada como otra cualquiera, téngase en cuenta que hay una ley de orden público, en la cual están comprendidos en primer lugar los que viven *violentamente* á costa del prójimo.

Es posible que se publique por cuenta del Estado, pues así lo considera conveniente la Academia de la Historia, la memoria que ha escrito D. Manuel Góngora Martínez acerca de ciertos importantes descubrimientos hechos en la provincia de Granada, en un sitio llamado Cueva de los Murciélagos. Segun parece, estos descubrimientos consisten en momias vestidas de esparto y en armas de piedra, y se cree que pertenezcan á la época de los antiguos iberos.

Todo lo que tienda á mejorar la agricultura y á defender los intereses de los labradores, debia ser objeto de nuestras tareas, pues la vida del cazador es la vida del campo. Pero como para ocuparnos de agricultura necesitaríamos aumentar la lectura de este periódico, á fin de no disminuir el interés y la extension de las materias que son exclusivamente de caza, nos hemos visto privados del deseo que nos anima de ocuparnos, no solo de agricultura, sino de ganaderia, sin que renunciemos á nuestro propósito, que no seria difícil llegara á realizarse.

Sin embargo de esto, no hemos titubeado en insertar desde luego el artículo que nuestro estimado amigo D. José Bermejo nos ha remitido acerca de la *Enfermedad del olivo*, cuestion de gran interés y que es de vida ó muerte para muchas provincias de España.

Hemos visto con satisfaccion que el Sr. Taviel de Andrade interpelló al gobierno en la sesion del Congreso, celebrada el 26 del actual, acerca del estado de nuestra agricultura. Tanto dicho dipu-

tado como el Sr. Ministro de Fomento, hicieron oportunas observaciones para demostrar las causas de la crisis que está atravesando la agricultura en España.

Digna de aplauso es la iniciativa que ha tomado el Sr. Taviel de Andrade, con cuyas ideas estamos perfectamente de acuerdo, si bien creemos que la principal causa del estacionamiento de nuestra agricultura y de nuestra industria consiste en que se hace mucha política, en que todo el mundo se cree en aptitud de labrar la felicidad del país, y en que por esta causa los capitales buscan su inversion en la corte, donde creen la utilidad segura, siendo muchas veces problemática y no pocas negativa.

Nuestro estimado suscriptor D. Juan Oronoz, cazador entusiasta y uno de los mejores tiradores de Jerez, ha sufrido hace pocos dias un accidente, que pudo traer fatales consecuencias. En una caceria de codornices, y encontrándose completamente solo, tuvo la desgracia de que se le reventara el cañon izquierdo de la escopeta, causándole una herida en el brazo.

Afortunadamente, y por ello nos felicitamos, la herida no ofrece peligro alguno. Este hecho, sin embargo, ha afectado profundamente á la familia del Sr. Oronoz y á sus numerosos amigos.

Uno de nuestros amigos nos participa que han sido sorprendidos, robando la caza de un monte próximo á esta corte, dos individuos de no muy buenos antecedentes.

La industria de atentar contra las propiedades destinadas á la cria y fomento de la caza, aumentada de dia en dia. Esta circunstancia exige disposiciones enérgicas por parte del Gobierno y de nuestras celosas autoridades civiles.

En prensa ya este número, hemos sabido que el Excmo. señor Gobernador de esta provincia ha publicado en el *Boletín oficial* una circular encargando á los alcaldes el cumplimiento de la ley de caza.

Damos las gracias al Sr. Fonseca por haber apreciado los fundamentos de la instancia que le ha sido presentada por varios propietarios y aficionados á caza, y esperamos que esta medida será precursora de otras más eficaces.

ADVERTENCIA.

Volvemos á rogar á los suscritores que nos deben cantidades, que se sirvan remitirlas en sellos ó, si es posible, en libranzas á favor del Director de LA CAZA. Dichos señores comprenderán perfectamente lo que estos retrasos compliquen nuestra administracion y los perjuicios que nos causa el contar con sumas que no recibimos á su debido tiempo.

Nos entregamos, pues, á su buena fé, y advertimos que los que aguarden que giremos á su cargo, esperan en balde, pues hemos suspendido el hacer estos giros, por las dificultades y gastos que ofrece el colocar papel, y por otras causas que no son de este lugar.

Por todo lo no firmado,
El Editor responsable, D. Domingo de Castro.

MADRID.—1867.
Imprenta de M. Tello, San Márcos, 26.